

•• Justicia infinita, más allá de los tiempos y de los años

Por Eduardo Mernies

(Artículo publicado el 23/04/2010)

El sábado 17 se cumplieron 38 años del cruel asesinato de ocho militantes comunistas, cobardemente acribillados por un escuadrón de las “fuerzas conjuntas” (la minúscula no es error ortográfico).

No es la idea descargar dolor o rabia, por ese brutal atentado contra la democracia y la libertad, sino reflexionar sobre el significado de las acciones que marcaron esa década y la siguiente. Y no hay mejor ejemplo que los mártires de la 20, para demostrar lo que verdaderamente fue la acción de las fuerzas represivas, es decir, su objetivo de fondo.

Estos ocho mártires, no eran parte de ningún grupo armado ni guerrilla, excusa usada para intentar justificar la represión de los '70. Eran militantes pacíficos que, en el ejercicio de los derechos que un sistema democrático consagra, militaban en un partido político, en este caso el Partido Comunista del Uruguay, partido legal siempre que existió un estado de derecho. No fue un enfrentamiento armado, ni siquiera hubo resistencia. Sencillamente, fue una ejecución.

Nos importa, por la historia que nos une – cuatro décadas en un proyecto común, el Frente Izquierda de Liberación, cuyo nombre hoy llevamos en honor a ella – expresar nuestro homenaje a los ocho compañeros comunistas, luchadores pacíficos integrantes de un partido cuya historia está signada por la búsqueda de unificación de la izquierda, como estrategia para lograr una expresión política alternativa a los partidos tradicionales, hoy representada en el Frente Amplio, por segunda vez en el gobierno nacional. Y esa estrategia de unidad, fue la que en los '70 representó una amenaza para los intereses de las clases dominantes, cuando el Frente Amplio se presenta a las elecciones en 1971.

Entonces, la cosa está en el por qué, y la respuesta es simple: ser comunistas, que en nuestro país significa ser militantes que, mediante la lucha política y social, aspiran a ganar adhesión y unificar todas las corrientes de expresión que tengan como objetivos común construir y desarrollar un modelo de sociedad basado en la justicia, la libertad, la equidad.

Y como estos ocho mártires de la seccional 20 del PCU, hubo muchos, muchísimos militantes comunistas perseguidos, encarcelados, torturados, asesinados. Y junto a ellos, muchísimos militantes políticos y sociales de otros partidos y de otros sectores, en especial de la izquierda, pero también fuera de ella, que fueron víctimas de la dictadura militar.

Es bueno pensar sobre esto porque los últimos años se ha creado una especie de idea de que acá hubo un enfrentamiento entre un grupo armado y las fuerzas militares, que esa guerra la ganaron las fuerzas armadas, que derrotaron a ese grupo armado y tomaron sus prisioneros, y que luego de todo lo que pasó, hoy se trata de laudarse esta historia en una forma saludable y constructiva para el fortalecimiento de la democracia. Pero resulta que eso no fue lo que sucedió, o en todo caso, esos hechos son parte de la historia. El hecho es que, cuando comenzó la dictadura, las propias fuerzas armadas admitieron haber derrotado y desmantelado a la guerrilla, y ya tenían como prisioneros a sus dirigentes. Sin embargo la represión aumentó, se extendió a todas las expresiones democráticas, inclusive a dirigentes de partidos políticos tradicionalmente burgueses. Y continuó con militantes que nada tenían que ver con ninguna guerrilla, militantes sindicales, estudiantes.

Sería bueno que algún día, quienes vivieron y protagonizaron aquella época, se junten para escribir la verdadera historia. Mientras tanto, quienes formamos parte de la generación que creció en dictadura, nos vemos en la obligación de expresar que acá las cosas no se resuelven con gestos personales, renunciamentos, o actos de grandeza humana. El otro día, conversando con un militante político nacionalista, él me decía “¿y los que no tuvimos nada que ver?”. Esa peculiar expresión, encierra o representa algo que no podemos olvidar: la generación víctima, quienes debimos crecer en un sistema sin garantías, donde mirar a un policía podía terminar en un calabozo, donde para estudiar debimos aceptar que el marxismo era el enemigo de la democracia, el comunismo era perverso y se lo definía junto al nazismo y fascismo, como regímenes totalitarios. Debemos recordar y representar a las víctimas que hoy no tienen voz sino a través de otros, como los desaparecidos, los asesinados, todas las víctimas de la represión.

Más allá de todo espíritu de grandeza, por más loable o digno de respeto (incluso admiración) que pueda ser, el tema es ser capaces de despojarnos de lo personal para representar a toda esa sociedad uruguaya, pero especialmente, para representar a la democracia, permitiendo que se aplique todo el peso de la Justicia, a quienes atentaron contra el pueblo uruguayo, contra nuestros derechos a luchar por una sociedad mejor, contra la humanidad. En tal sentido, la memoria se resuelve con aplicación de justicia, más allá de los tiempos y las edades. La paz no se construye sobre el olvido, sino sobre el recuerdo eterno y la justicia sin postergados ni privilegiados. Para ello, no hay otro modo que buscar los mecanismos para anular el efecto de la ley de impunidad.

Honremos a los mártires del pueblo uruguayo, cumpliendo con la responsabilidad histórica de facilitar los mecanismos para la aplicación plena de la Justicia sin ninguna clase de excepciones.

* **Eduardo Mernies** (Integrante del Comité Ejecutivo del Frente Izquierda de Liberación)

